



MOVIMIENTO APOSTÓLICO DE SCHOENSTATT RAMA DE FAMILIAS - Año 5



QUEREMOS SER HOGAR EL UNO PARA
EL OTRO Y PARA NUESTRA FAMILIA

Tema 7

Nuestro estilo matrimonial a la luz del
Ideal Matrimonial

Subtema A

Nuestro diálogo matrimonial. El
reencantarnos

Objetivo

1. Tomar conciencia de que gestar un estilo de vida mariano matrimonial requiere de un permanente diálogo y trabajo como matrimonio y que establecer y mantener ese diálogo requiere trabajo.

DESARROLLO DE LA REUNIÓN

Oración Inicial:

Prepararla según guía práctica

Revisamos la experiencia con nuestro propósito

Motivación

Ver los siguientes videos que explican de forma anecdótica cosas cotidianas en lenguaje para hombres, "Lenguaje Futbolístico".

Revista Libero:

1. Máquina de abdominales

<http://www.youtube.com/watch?v=GxNLxnTcaZA>

2. Bajar la basura:

<http://www.youtube.com/watch?v=Ss5oORmn5qc>

3. Como explicar que tu marido tiene mano dura con tus hijos

(audio): <http://www.youtube.com/watch?v=jGQDVgCuWrk>

Dinámica Grupal

Cada matrimonio reflexiona durante 15 minutos en forma individual sobre su práctica de diálogo matrimonial, recordando las veces que éste ha sido especialmente fecundo. Nos preguntamos por qué ha sido así, qué circunstancias lo rodearon, en qué ambiente se dio. Anotar sus conclusiones para después compartirlo en el grupo y darse mutuamente ideas de cómo lograr un mejor diálogo.

Preguntas para la conversación:

1. ¿Sé escuchar al otro? ¿Logro vaciarme de mí mismo para lograr escuchar?
2. ¿Tengo la voluntad de escuchar y recibir al otro tal como es, respetándolo, admirándolo, y valorándolo sin descalificar, atento a sus razones y preocupaciones?
3. ¿Evito las discusiones sin sentido?
4. ¿Nos damos tiempo para cultivar la segunda "R", reencantarnos?
5. Si se puede, fijar día, hora y lugar para la R semanal.

Contenido:

a) Introducción

Schoenstatt nos llama a gestar un estilo de vida matrimonial que sea alma de una nueva cultura, guiados por la fuerza de nuestra Alianza de Amor con María y a la luz de nuestro Ideal Matrimonial.

Todo lo que hagamos en este sentido por encarnar una nueva forma de vivir impregnada por valores cristianos, nos llevará a una vida más plena como matrimonio y, a la vez, estaremos forjando a partir de nuestros hogares un nuevo orden cristiano de la sociedad.

En estos años, hemos ido definiendo nuestro estilo de vida mariano como matrimonios y nos ha exigido trabajar juntos, descubrir y cultivar la riqueza original de nuestro amor. Por el sacramento del matrimonio el Señor nos ha llamado a formar una comunidad de destinos salvífica: eso significa que lo que yo haga o deje de hacer repercute en la felicidad y crecimiento de mi cónyuge. Vamos el uno en el otro por este camino de santidad.

Esto nos lleva a que tomemos una decisión seria por conquistar juntos nuestros ideales y realizar nuestros propósitos uniendo esfuerzos. Trabajar juntos por estar más cerca de Dios es también una forma de expresarnos amor, entre nosotros y a nuestros hijos. Esta decisión seria requiere, a la vez, que cada uno reconozca y acepte al otro tal como es, con sus valores y sus carencias, para que nos ayudemos mutuamente a crecer y nos respetemos desde lo más profundo. Se entiende el respeto como la disposición a admirar, valorar y reverenciar al otro.

Vivir a la luz del ideal matrimonial expresa y concreta nuestro amor a María. Ella está con nosotros, es nuestra Madre y Educadora ¡Cuánto ha hecho ya en nosotros y por nosotros! Queremos responder a la fidelidad de su amor cultivando un estilo propio de matrimonio y de familia y costumbres marianas. Pero no cada uno por su lado, sino juntos. La mejor clave para llevar todo esto a cabo, es decir, para trabajar juntos por conquistarlo, es simple: el diálogo entre nosotros.

b) El Diálogo Matrimonial

¿Tenemos un rico diálogo como esposos? ¿Cómo acostumbramos dialogar? ¿Nos dejamos tiempo para hacerlo? ¿Tiene profundidad nuestro diálogo? Muchas veces nos quedamos en la buena intención: "quisiéramos dialogar más"... "Nos encantaría tener más tiempo para nosotros"... Pero se

pasan los días y las semanas, hasta los meses... y no se establece entre nosotros un diálogo más profundo y regular.

La calidad de nuestra vida matrimonial en gran parte depende del diálogo que exista entre nosotros. Sentimos que nuestro matrimonio "anda bien" cuando hay buena comunicación entre nosotros, cuando tenemos momentos de comunión profundos. Si el diálogo no existe o es sólo superficial, el amor poco a poco se va enfriando, se pierde esa sintonía interior que nos hace sentirnos felices y nos permite crecer juntos.

c) Diálogo es escuchar, comprender, entregarse.

Diálogo es saber escucharse el uno al otro, tratar de comprender (poniéndose en el lugar del otro) lo que éste nos está tratando de decir; acoger receptivamente lo que nos quiere comunicar; "adivinar" lo que las palabras no logran traducir. En un diálogo profundo se trata de comprender, responder, dar lo nuestro, **aportar constructivamente al intercambio de vida**, cultivar ese mundo nuestro que es la mejor expresión de que nos amamos y de que nuestro amor está vivo.

El diálogo no se limita a las palabras. También dialogamos con la mirada, con los gestos, con todo nuestro ser. Incluso la forma en que nos sentamos el uno frente al otro ya manifiesta una actitud de diálogo o bien, de incomunicación. Sabemos también, que en la vida matrimonial la relación conyugal es igualmente una forma de diálogo.

Se conversa pero no hay diálogo profundo. Nuestra propia experiencia nos enseña que no es fácil lograr y mantener un diálogo como matrimonio. En nuestro tiempo la comunicación profunda entre las personas (la comunidad de corazones) es un don escaso. Nos comunicamos por muchos medios: el celular, el e-mail, las redes sociales, skype, etc.; pero la comunicación interior, la comunidad de corazones, el diálogo profundo, eso se da cada vez menos. Se conversa –a pesar de que hay matrimonios donde los esposos apenas se hablan, pero eso es la excepción –se conversa y mucho: sobre los niños, las vacaciones, lo que hay que comprar, lo que le sucedió a tal persona, etc. **Se habla mucho, pero se dialoga poco.**

Somos hijos de nuestro tiempo. El ajetreo, las múltiples ocupaciones y responsabilidades, el diario intercambio de informaciones (normalmente estamos al tanto de todo), nos impiden ir más a lo profundo. La disculpa normal es: "no tenemos tiempo". Habría que precisar que no tenemos tiempo para lo esencial, pero sí tenemos tiempo para una infinidad de cosas secundarias: por de pronto, para ver las noticias, donde hay que tragarse los spots publicitarios (innumerables y repetidos); hay tiempo para los partidos de fútbol, para las teleseries, series, para entretenernos con el "zapping", para jugar con el

celular y para tantas cosas más que son válidas... pero si nos hacemos tiempo para ellas, cómo no hacerlo para lo más importante.

La falta de contacto, afirmaba el P. Kentenich, es la gran llaga de nuestra cultura. ¿Venceremos ese mal? ¿Lograremos crear una cultura de la verdadera comunicación personal, donde reine la comunión de corazones, aquel "estar el uno en el otro" tan anhelado por el Señor? ¿Lograremos superar el mecanicismo separatista, donde las personas viven, incomunicadas interiormente, si es que no viven la una contra la otra o prescindiendo de la otra?

d) ¿Cómo cultivar el diálogo?

Dedicar tiempo a ello.

Queremos cultivar un verdadero diálogo entre nosotros. Lo primero que debemos hacer para lograrlo es dedicarnos tiempo. Como lo hemos conversado en estos años, una herramienta precisa para este objetivo es el cultivo de las cuatro "R", específicamente la segunda "R", reencantarnos. Para esto, tenemos que elegir un día en la semana en que nos dejamos una o más horas para nosotros, para estar juntos, para salir juntos, para conversar de lo que anhelamos y de lo que nos preocupa, para realizar aficiones comunes, para divertirnos juntos. Tenemos que tener espacios concretos en nuestra vida para cultivar ese "nosotros".

Ya dijimos que la intención general no surte efecto si no se concreta en día, hora y lugar. Y esto en forma estable, no podemos cambiar cada semana según las circunstancias. Nosotros debemos manejar nuestra vida y darle lugar verdaderamente a lo que consideramos importante.

El diálogo matrimonial significa también escuchar juntos al Dios de la vida. El Señor y la Mater nos hablan a través de lo que hay en el corazón de nuestro cónyuge, de lo que siente, anhela y ama; nos hablan a través de lo que nuestros hijos están viviendo y de su desarrollo; de los acontecimientos que nos rodean; de lo que sucede en el ámbito de nuestra familia y en el de nuestro trabajo. Tenemos que detenernos juntos para escucharlos, para reflexionar qué nos están pidiendo y responderles con generosidad. De ahí irán surgiendo nuevos desafíos que abordar, cambios de conducta, diferentes orientaciones que tomar, decisiones y propósitos que asumir, que también será necesario evaluar posteriormente. Todo esto irá conformando nuestra vida y dándole a nuestro amor una nueva y más plena dimensión.

Cultivo de la identidad personal. Por último, algo que también es muy importante: cada uno debe cultivar su propia interioridad para poder establecer

un diálogo fecundo con el tú. Si no tenemos un mundo interior propio, si no nos dejamos tiempo para estar con nosotros mismos, si no contamos con espacios de tranquilidad, de oración, de meditación, entonces, tengámoslo por seguro, solo seremos capaces de conversar de cosas superficiales, de las actividades que hay que hacer, del partido de fútbol o del último incidente político. En otras palabras, nuestra interioridad será muy pobre y eso impide una comunicación, un diálogo en profundidad. De allí la necesidad de que, si queremos establecer un diálogo rico y profundo, debemos a la vez cultivar nuestra vida interior, amar los espacios de silencio y de soledad. De ese silencio y soledad brotará luego un diálogo profundo y enriquecedor.

e) Actitudes Que Aseguran Un Verdadero Diálogo Matrimonial

- Escuchar
- Respetar
- Desprenderse de las antipatías
- Evitar discusiones sin sentido
- Valorar y reconocer la verdad del otro

ESCUCHAR

Toma tiempo y práctica desarrollar las habilidades que permiten escuchar bien. Al principio puede ser artificial y hasta cansador, ya que hay tanto que uno quiere decir. Sin embargo, hay tres principios que nos pueden ayudar a escuchar bien al otro:

Paciencia: Hay que ejercitarla, aprender con la práctica a escuchar completamente al otro (sin escuchar lo que uno piensa mientras el otro habla), sin interrumpirlo. Es importante que si en un momento uno no puede escuchar completamente al otro, hay que decírselo y acordar otro instante en que se pueda estar 100% entregado a la conversación.

Expresión corporal: Cuando el otro me habla, por un lado me dice palabras, pero por otro su tono de voz, su expresión facial, sus gestos, también me comunican un mensaje. Por otro lado, yo también debo tener una actitud corporal que dé la señal de que estoy interesado en lo que estoy escuchando.

El mensaje detrás del mensaje: Muchas veces, el otro nos dice algo importante a través de algo que en la superficie parece insignificante. Si hay algún tema que le cuesta decir, lo "tira" disfrazado de algo menor.

RESPETAR

Es básico para el éxito de un buen diálogo, el respeto.

El respeto es:

- Buscar el momento oportuno para poder conversar con tiempo, sin apuros.
- Voluntad de recibir al otro tal como él es, con sus opiniones, sus puntos de vista, sus objeciones.
- Delicadeza y cuidado de no herir la sensibilidad del otro con afirmaciones categóricas o irónicas, o con observaciones que lo descalifican.

Escuchar con respeto es tratar de captar el porqué de las razones del otro. Por otro lado, para **responder con respeto intento demostrarle que capté el sentimiento que está detrás de lo que me dijo**. Si tengo un punto de vista diferente o si difiero en la opinión, no trato de hacer valer con violencia e intransigentemente sus argumentos de modo de dejar callado y de vencer al "adversario". Por eso hay que evitar frases como: "Tú no tienes idea de qué se trata el asunto", "lo que dices no tiene nada que ver", "eres un iluso", "esos son argumentos de niño chico",... hay muchos modos de descalificar al otro. Puede ser que "ganemos" la discusión, pero lo más normal es que no hayamos convencido al otro con nuestros argumentos, sino que, al contrario, se haya cerrado a nosotros. Se ha herido a la otra persona y con ello se ha cortado el puente. Si se ha cometido este error al discutir de esta manera, hay que saber reconocer que no se ha procedido correctamente y pedir perdón con el fin de reanudar el diálogo.

DESPRENDERSE DE LAS ANTIPATÍAS Y PREJUICIOS

Muchas veces sucede que **se escucha lo que se quiere y no lo que ha dicho realmente la otra persona**. Afectos y prejuicios personales hacen que se escuche sólo una parte de lo que se ha afirmado o que, incluso, se capte algo enteramente diferente que nunca ha afirmado el otro.

Para poder dialogar, intercambiar o discutir, tenemos que aprender a "objetivarnos". Hay que desprenderse de prejuicios. Si estoy enojado o me siento herido por el otro, existe una predisposición a no encontrarle razón en nada de lo que diga. Por otro lado, muchas veces los argumentos hirientes nacen de alguna herida mal sanada o hasta de la proyección de otra situación o persona que nos hiera. Por eso, **para dialogar es necesario un profundo conocimiento de sí mismo, una autocrítica que nos lleve a examinar la raíz de nuestras reacciones instintivas, de nuestros prejuicios y antipatías que normalmente bloquean el intercambio o lo hacen infecundo**.

EVITAR DISCUSIONES SIN SENTIDO

Perdemos a veces un tiempo precioso en discutir cosas sin importancia, si nos juntamos a las 5 o a las 5 y media, si comemos tal plato o tal otro, si se hace un paseo a la playa o a la montaña. Hay que saber aquilatar lo accidental y lo realmente importante y esencial, hay que saber ceder en cosas de gustos, por eso no tratemos a toda costa de "salir con la nuestra". Es necesario amplitud de criterio y una cierta magnanimidad.

VALORAR Y RECONOCER LA VERDAD DEL OTRO

Esto está muy relacionado con lo que hemos visto anteriormente, en particular con el respeto. Para llegar a conversar fecundamente, como dijimos más arriba, hay que vaciarse de uno mismo, abrirse al Tú, recibirlo y aceptarlo como persona. Esto llevará a querer descubrir su verdad y querer enriquecerse con ella. Esa verdad me complementa, me aporta otros puntos de vista, me ayuda a esclarecer la propia. Y mi verdad también la sabré comunicar de acuerdo a la realidad de la otra persona, es decir, adaptándose a su perspectiva de intereses y a su receptibilidad. Nuestras conversaciones personales e intercambios serán, de este modo, vehículos de un encuentro profundo, de auténtica comunión. Entonces se podrá cumplir la promesa del Señor: "Cuando dos o más estén reunidos en mi nombre, Yo estaré en medio de ellos".

Aporte al capital de gracias



Revisar ¿cómo está nuestro diálogo?

(ver a la luz de lo hablado)

Bibliografía



- *Material complementario: "Las alarmas de la convivencia y los lubricantes de la relación" y "Los conflictos en la vida matrimonial" (a continuación).*
- *"El Principito" (conversación del Principito con el zorro) capítulo XXI*

A. ALARMAS

Son signos externos que nos indican que hay algo en nuestra pareja que comienza a fallar. A veces son tan evidentes que quienes nos rodean, padres, amigos que nos frecuentan son capaces de intuir que pasa algo. Sin embargo, otros son mucho más sutiles, a veces inconscientes y se camuflan en la vida cotidiana.

Son hechos simples –gestos, palabras o silencios –marcadores de pequeños desajustes y, frecuentemente, de problemas más profundos que salen a la luz en las pequeñas cosas.

Por ejemplo:

- El silencio o el uso de monosílabos para responder: la cuestión es no propiciar una conversación fluida
- La falta de sonrisa, la tristeza en la mirada
- La falta de gestos de cariño o de acercamiento sexual
- Pérdida de detalles, que se van olvidando: fechas, regalos, ritos de la pareja...
- El desganado, apatía, no querer hacer nada
- La pérdida de sensibilidad hacia la situación del otro, ensimismamiento nocivo
- Aislamiento, bajo cualquier forma: aumento de horas que se pasan ante el televisor, o ante el computador, por ejemplo
- Retraso en la hora de llegada a casa, por cualquier excusa
- Búsqueda de actividades particulares en los momentos de ocio, la recuperación de hábitos de soltero/a que excluyen a la pareja
- No salir nunca juntos y solos, buscar siempre la compañía de alguien más
- El aumento en los ataques a la familia del otro
- El acostarse cada uno a una hora, haciendo vidas paralelas; el hacerse el dormido cuando el otro llega a la cama, evitando un posible encuentro

No podemos tomar estas alarmas al pie de la letra. Para valorar la gravedad de la situación hay que considerar bien el contexto. Lo que realmente puede marcar la gravedad es la repetición de comportamientos.

También entre las alarmas pueden establecerse graduaciones de gravedad: puede haber alarma amarilla –un cierto toque de atención –y alarma roja –

peligro inminente, situación grave que hay que atajar cuanto antes –. Es cada pareja la que ha de marcar la escala del riesgo. Conocer nuestras alarmas, tenerlas escritas y “objetivadas” nos ayuda a hablar de ellas sin partir del reproche al otro. A veces nuestras buenas intenciones chocan con la forma en que nos expresamos. No es lo mismo decir: “Te pasas todo el día pegado a la tele; parece que no sabes hacer otra cosa. Ya no hacemos nada juntos”, que plantear “¿sabes cuántas horas hemos tenido la tele encendida este fin de semana?” “Recuerdas que a partir de tres horas entramos en zona de alarma amarilla...”.

B. LUBRICANTES

Y ¿qué hacer cuando salta una alarma, aunque sea pequeñita? Entonces es cuando entran en juego los lubricantes, esos detalles que conoce cada pareja y que le ayudan a que la relación funcione mejor y a que sea más gratificante para los dos. Cada pareja conoce qué los pone de buen humor, los hace felices. Aquí algunos ejemplos clásicos:

- Comenzar siempre con una palabra positiva: cada mañana, cada conversación
- Reconocer el trabajo del otro, en cualquier contexto; practicar la gratitud
- No decir nunca un “no” tajante a una iniciativa que nos sea propuesta con ilusión
- Sonreír
- Poner en juego el sentido del humor
- Organizar un viaje sorpresa, aunque sea al pueblo vecino
- Reconocer los propios errores, pedir perdón espontáneamente
- Tener un detalle con algo que sabes que le gusta: su revista favorita, el plato preferido para comer, hacer algún trabajo casero que le corresponda al otro
- Dejar, en algún lugar, una nota cariñosa
- Proponer alguna actividad que le motive mucho. Romper la rutina, recuperando alguna actividad “como cuando éramos novios”
- Poner un interés especial por lo que está haciendo, por lo que le preocupa, por integrarse en su familia o sus amigos de origen

(Extracto del libro: “Como elaborar un proyecto de pareja”, de Isabel Frías y Juan Carlos Mendizábal)

A. LA POSIBILIDAD DE CONFLICTO

Al estar con otro, en intimidad, surge inmediatamente la posibilidad del conflicto. Cuando dos personas se conocen poco, la comunicación que se establece es bastante superficial. Cuando uno va conociendo más a una persona, la comunicación se hace más rica, más profunda y las personas se muestran mucho más. Y cuando se interactúa más con alguna persona, siempre existe la posibilidad de conflicto.

Imaginemos entonces lo que significa casarse con alguien. Casarse, tener una relación íntima con otra persona, conlleva inmediatamente, la posibilidad de conflicto. Sería absolutamente imposible que entre dos personas, o en una comunidad que vive bajo un mismo techo, no se diera la posibilidad de conflicto. Esto es absolutamente inevitable. ¿Por qué? Porque somos seres absolutamente distintos.

Cuando hablamos de conflictos o de situación conflictiva, se refiere simplemente a los intereses o posiciones distintas que se dan entre dos personas; no a un conflicto mayor sino de diferencias entre personas que, a veces, parecen incompatibles.

Es esto lo que aparece en una vida de intimidad, en un amor que es personal y que se da cuando las personas aparecen tal como son. Frente al conflicto tenemos una posición muy negativa. Cuando se nos menciona esta palabra tendemos a ponernos tensos, nos disgusta y preferimos evitar este tema. Y hemos dicho que el conflicto es algo inevitable y que está siempre presente. ¿Por qué no hemos aprendido a hacer algo con este conflicto si tenemos que vivir con él, tanto en nuestra propia familia, antes de casarnos, como ahora en nuestro matrimonio y en la familia que estamos formando?

Creo que las experiencias pasadas de no enfrentar el conflicto, de no enfrentar las diferencias, hacen que le temamos mucho al conflicto, o que nos dé tanto miedo que preferimos no hablar de él, preferimos no tocarlo, incluso a riesgo de perder una relación.

Porque preferimos perder una relación, antes que resolver el conflicto. Y también porque no hemos aprendido a tener estrategias para resolver aquellas diferencias que producen conflicto.

El conflicto es el motor del cambio, es lo que puede mantener joven una relación. Por eso, deberíamos aprender qué pasa con el conflicto para poder manejarlo mejor y para que nos conduzca realmente a un crecimiento mayor en nuestra relación, a una mayor intimidad.

B. CINCO ESTILOS DE RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS

Estos cinco estilos de comportamientos, que son categorías grandes en las cuales hay muchas variaciones, se basan en dos dimensiones psicológicas de comportamientos: la asertividad y la cooperación.

La asertividad es el grado en que una persona se esfuerza por satisfacer sus propios deseos. Esto es legítimo y un desafío importante. Pero no me basta con quedarme en eso y ahí está la cooperación, que significa el grado en que los esfuerzos se dedican a la satisfacción de los deseos del otro. Cuando entro en una comunidad hay algo de mí mismo que ya no es completo. Debo ceder algo para compartir la vida con el otro.

A. ESTILO DE EVITACIÓN

En la evitación no buscamos la expresión ni de nuestros propios deseos ni los del otro. Simplemente, cuando vemos una diferencia, un problema, nos corremos, nos escapamos, evitamos, somos diplomáticos. Evitamos el conflicto.

B. ESTILO DE IMPOSICIÓN

Predomina la asertividad. Uno necesita expresarse como es; necesita expresar su identidad, su originalidad. No importa los objetivos del otro. Por ejemplo, se puede utilizar el que uno de los dos cónyuges es mejor para alegar y se impone. Porque tiene una mayor capacidad. O también, uno de los dos es más evitativo del conflicto y el otro lo enfrenta porque sabe que tiene más capacidades para discutir, porque sabe más de un tema o tiene más autoridad.

C. ESTILO DE CESIÓN

Complementa al de imposición, porque siempre que alguien se impone hay alguien que cede. A estas personas se las ve como personas positivas, altruistas, porque están continuamente cediendo. Y puede ser a tal punto que no demuestran nada de lo que son. La persona que cede está continuamente yendo contra su propia persona. Y algún día, va a percibir ese costo. Y alguna vez, tarde a veces, se expresa y lo hace en forma muy conflictiva, porque a esas alturas de la vida quizás no tenga arreglo.

D. ESTILO NEGOCIACIÓN

Éste es un estilo intermedio, que está en el punto medio de la asertividad y de la cooperación. Aquí cada uno cede un poco, se negocia. Nos ponemos de acuerdo en la diferencia. Lo característico de este estilo es encontrar una

resolución rápida y mutuamente aceptable que satisfaga parcialmente a ambas partes. Aquí no quedan satisfechas las dos partes, pero, por lo menos, se llega a un acuerdo rápido. Se parte la diferencia.

E. ESTILO DE COLABORACIÓN

Es un estilo que muestra, al mismo tiempo alta asertividad y alta cooperación y podríamos decir que es un ideal al cual uno debería aspirar o para el cual entrenarse, porque no es fácil. Este estilo implica un esfuerzo para vivir con la otra persona, para encontrar alguna solución que satisfaga plenamente los intereses de ambas partes.

Cada uno de nosotros es capaz de desarrollar las cinco modalidades de estilos para enfrentar situaciones conflictivas. Sin embargo, tendemos a usar, en forma preferente, algunas más que otras. Esto se debe a factores de personalidad, a predisposiciones, y/o a un mayor entrenamiento. Es decir, la persona se ha ejercitado más en un estilo que en el otro, probablemente porque en su familia se usaba ese estilo. La persona aprende lo que ve en su familia. Y es por esto que es tan importante que ustedes, les están enseñando a sus hijos a resolver los conflictos de acuerdo a como ustedes los resuelven. Porque en la manera en que ustedes los resuelvan, ellos está aprendiendo y le tendrán terror al conflicto o lo enfrentarán, y podrán aprender a resolverlo muy exitosamente.

(Extractado de charla dada por Nureya Abarca: "El matrimonio, una comunidad de intimidad")